



El testamento perdido de Peset

Carlos Alberto Velázquez Olivera

Resumen

Hace casi 80 años, el 24 de mayo de 1941, murió fusilado uno de los más ilustres médicos y epidemiólogos españoles, Joan Baptista Peset Aleixandre, gran investigador que combatió la pandemia de gripe de 1918.

Palabras clave: Epidemia, pandemia, España, República Española, epidemiología.

[El texto siguiente es una ficción literaria que trata de rescatar la figura y el pensamiento que acompañaron al ilustre médico]

Escribo estas líneas pensando en las próximas generaciones de españoles que habrán de llegar después de que toda la locura desatada por la guerra suicida que ha emprendido España cese. Yo fui parte de ella, y jamás me arrepentiré de haber luchado por los nobles ideales que la República defendía, pero tampoco puedo aprobar todos los excesos y saña cometidos por mis compañeros de ideas. Todos los españoles cargaremos con la gloria

manchada del fratricidio cometido en nombre de la libertad y la ciencia o en nombre del orden y la religión.

Mi nombre, como ya lo deben saber, es Joan Baptista Peset Aleixandre. Mi padre fue el ilustre Vicent Peset Cervera. Aunque fueron muchos los consejos profesionales que él me dio, la mayor enseñanza de todas me la inculcó sin siquiera proponérselo, cuando en las tardes después de impartir clases y atender en su consultorio regresaba a la casa a pasar horas junto a sus matraces destilando las medicinas que al día siguiente les entregaría a sus pacientes. El olor del sulfuro, atemperado con esencias de lavanda siempre regresará a mi memoria como el más grato de los recuerdos, y su figura concentrada en ver caer las gotas curativas desde el alambique hasta los vasos, y su adusto semblante al machacar los polvos para luego compactarlos siempre fueron para mí la viva imagen de la callada felicidad del farmacéutico. Al final, cuando mi mente fue lo suficientemente inteligente para comprender que era por esta actividad que la gente trataba a mi padre con deferencia y cortesía, busqué todas las oportunidades para poder asistirlo en su abnegada faena diaria, y así, apenas siendo un niño, mis juguetes preferidos fueron los instrumentos de laboratorio, y mis juegos más entretenidos las complejas reacciones necesarias para extraer los luminosos líquidos.

Mi adolescencia pasó de este modo rápidamente, y así ayudaba de manera cada vez más asidua a mi padre. Al poco tiempo lo asistí en sus clases en la Universidad de Valencia, donde me convertí en su informal asistente, y muchas veces instruí a médicos recién ingresados que no sabían la manera correcta de lograr un proceso de destilación. Para mí, esta vida era lo más natural, y rápidamente me acostumbré a pensar en esta institución como una especie de gimnasia del intelecto, donde la semilla de la idea brotaba espontánea, y el laboratorio constituía la parcela donde hacerlas florecer.

Obtener mis grados de este modo fue una actividad tan sencilla y natural que casi no noté el momento en que los obtuve. Mi mente estuvo siempre más interesada por la aplicación de las ideas destinadas a disminuir el dolor

de las personas a mi alrededor que en celebrar ceremonias. La medicina hizo que siempre estuviera en contacto con la gente, y me ayudó a desarrollar una bendita forma de sentir que me permitía conectarme con los demás, para entender dónde estaba alojado su dolor y así ayudarlos más certeramente. Pero si hay algo que movía mi interior, y lo guiaba a una pelea resuelta, fue el darme cuenta de que mi actividad podía incidir en curar un mal mayor que se colaba entre los pueblos y ciudades: la maldad de la injusticia. Esta fue la razón que hizo que me decantara por la medicina forense y que dedicara gran parte de mis esfuerzos en ella.

Pero con el tiempo también me di cuenta de que este era un esfuerzo que no bastaba. Al final, pude entrever que nuestra sociedad, nuestra colectividad como humanos, al igual que el cuerpo de un enfermo o un moribundo, sufría de ataques que mermaban su salud. Esto dio paso a que mezclara en mis estudios de una manera cada vez más enérgica a la comprensión de las epidemias, que, siendo muchas de ellas curables en un individuo, golpeaban al colectivo de manera cíclica y fatal. Y así, mi mente se fue abriendo también a la comprensión de los otros males que aquejan a nuestra sociedad, ignorancia, superstición y tiranía. A mi inquisitiva curiosidad la lastimaba ver pacientes y amigos sucumbiendo ante la tentación de alejar las desgracias con una simple oración, cargada de emociones y sinceras súplicas, pero tantas veces carentes de entendimiento o reflexión.

Tras la Gran Guerra, en la que España no supo aprender la lección que muchas décadas después resultaría crucial, pude aplicar este nuevo enfoque y entonces traté de curar ya no enfermos, sino más bien a todo un pueblo flagelado por el halo pestilente de muerte. Quizás fue en este momento, con mi espíritu en su máxima tensión, que logramos sintetizar la vacuna contra el neumococo. Fue como poder crear una de aquellas píldoras que mi padre solía moler y compactar en su laboratorio, pero esta no estaba hecha para una persona, sino para todo un cuerpo social.

Tras esta época fatídica, ya había extraído la lección que me señalaría hacia dónde debía apuntar mi camino. El tratamiento de los pacientes es tan sólo

la antesala de una tarea más noble y fundamental: la cura de los males de la sociedad. Por eso, cada vez estuve más cerca de los claros y congruentes ideales que llevaban a la creación definitiva de la República Española. La antigua monarquía era cada vez más evidente a mis ojos como el mal que se ha enquistado en cuerpo y no lo deja prosperar, como la infección de chinches o la sarna que se apodera de la piel y la lacera a cada instante.

Este resultó ser un campo de acción muy diferente al que yo hubiera podido imaginar. El apasionamiento de las personas se mezclaba de manera desigual con la búsqueda de la justicia, la vil ambición y la ciega marcha detrás de grandes ideales, pero que muchas veces chocaban estrepitosamente con la realidad. En este febril ambiente, traté de hacer lo mejor que pude.

Cuando la guerra vino, mi espíritu quedó roto igual que España, pero jamás abandoné mi intento de llevar a nuestra noble patria a mejor puerto. Fue también en esta época que se desarrolló en mí el ojo para una disciplina que antes no había tomado demasiado en serio, la psiquiatría. En este momento pude ver con diáfana claridad los trastornos y traumas que puede sufrir el espíritu humano, pero para estos padecimientos poco pude hacer más que las descripciones más fieles que fui capaz de compilar, con la esperanza de que en el futuro otros puedan descubrir cuál es la cura para estos males que se ciernen sobre el hombre adolorido.

Nuestra noble empresa vio un final lastimoso, pero yo no soy quién para darle lecciones a la historia. Sólo espero que, en el futuro, la tarea emprendida por nuestra abnegada generación pueda ser completada, y que libre por fin de los lastres de su pasado, España pueda sentarse a la mesa de las naciones con la frente limpia y en alto, sin los buitres medievales merodeando a su lado y sin el yerro de la ignorancia marcando sus costados.

Quiero que mis últimas palabras sean para mis alumnos, la vida nueva que ha de llenar este mundo: Mai deixis d'intentar, mai deixis d'aprendre.

Joan Baptista Peset Aleixandre

La historia

Joan Baptista Peset Aleixandre nació en Godall, ciudad de Cataluña, España, el 2 de julio de 1886. Fue parte de una familia de médicos. Su padre, Vicent Peset, doctor en medicina y en ciencias químicas, fundó en 1888 un laboratorio en el que desarrollaba su actividad profesional que compatibilizaba con la docencia en la Facultad de Medicina, primero como profesor auxiliar y a partir de 1892 como catedrático de terapéutica.

Peset tuvo un acelerado ascenso en su carrera ya que el mismo año en que finalizó el bachillerato obtuvo el título de perito químico (1901). Orientó su carrera universitaria a la medicina legal, y con este objetivo se doctoró en medicina (1907), luego en ciencias químicas (1908) y finalmente en derecho (1909). También obtuvo una beca de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas para especializarse en el análisis químico aplicado a la medicina legal.

En noviembre de 1907, viajó a Wiesbaden, Alemania, donde inició una estancia en el laboratorio Fresenius, y unos cuantos meses después se trasladó a París para continuar su formación en el laboratorio de toxicología de Jules Ogier. Durante su estancia en París también asistió a las cátedras de medicina legal de León Thoinot, y a las de técnicas de identificación criminal y fotografía de Alphonse Bertillon.

En mayo de 1908 Peset regresó a España. Consiguió la Cátedra de Medicina Legal de Sevilla en 1910 a los 24 años, iniciando así la creación de una nueva escuela de pensamiento médico. Los logros de Peset fueron tan notables que Ricardo Royo-Villanova, catedrático de la Universidad Central, ya en 1925 consideraba a Joan Peset "nuestra principal autoridad en materia de toxicología forense".

Impulso la creación del Instituto Provincial de Higiene de Valencia. De esa época destaca su trabajo en la lucha contra la fiebre tifoidea. Tuvo una actuación destacada durante las epidemias de Cheste (1916) y de Torrent (1917). En 1918 fue invitado a dar una conferencia sobre la vacunación antitífica en la facultad de Medicina de París, al mismo tiempo que fue nombrado miembro *honoris causa* de la *Société de Thérapeutique*.

Durante la pandemia de gripe de 1918 logró sintetizar una vacuna contra el neumococo en colaboración con los doctores Colvée y Rincón de Arellano. Esto era muy importante ya que este microorganismo había sido encontrado asociado a los casos más graves de la enfermedad.

Peset escribió una gran cantidad de artículos de investigación científica, sobre todo en el área de medicina legal, inmunología y bacteriología. También reactivó la publicación de la revista *Crónica Médica*. Su trabajo le mereció ser nombrado profesor honorario del Instituto de Medicina Legal, Psiquiatría y Toxicología de la Universidad Central; presidente del Instituto Médico Valenciano; vicepresidente de la Real Academia de Medicina de Valencia y *Officier de l'Instruction Publique* por parte del gobierno francés. En la Universidad de Valencia fungió como decano de la Facultad de Medicina, y como vicerrector y rector entre 1932 y 1934.



Figura 1. Peset combatió de manera activa el brote de influenza que se dio a finales de la primera guerra mundial. Junto con otros médicos logró sintetizar una vacuna contra el neumococo, bacteria que estaba presente en la mayoría de los casos que tenían complicaciones mortales.

Durante la guerra fue comisario civil del Ejército Republicano. Asistió a la última sesión de las Cortes Republicanas del 1 de febrero de 1939, y poco después se trasladó a Francia, pero regresó al poco tiempo a España y trató de ser mediador en el golpe de estado que dio el coronel Casado. Continuó al lado de la República durante toda la guerra, pero también se sabe que ayudó a salvar la vida de muchos intelectuales que no comulgaban con los ideales republicanos, llegando a alojar a muchos de ellos en su propia casa. Finalmente, cuando la República fue derrotada intentó una evacuación por el puerto de Alicante, pero los barcos que debían hacer el rescate jamás llegaron y fue apresado junto con su familia y miles de personas más.



Figura 2. Campo de concentración de Portaceli, donde pasó sus últimos días Joan Peset.

Peset fue sometido a dos consejos de guerra. En el primero se le condenó a pena de muerte, pero se adjuntaba una recomendación de conmutación de la pena por 30 años de cárcel; sin embargo, al saber de esta sentencia el delegado provincial de sanidad José Rosa Meca demandó un nuevo juicio. En el nuevo proceso fue condenado a muerte sin recomendaciones de conmutación. Tras la publicación de esta sentencia, una gran cantidad de personalidades abogaron por la suspensión de la pena, pero estas peticiones fueron desoídas. Finalmente, Peset fue fusilado el 24 de mayo de 1941 en las tapias del cementerio de Paterna.

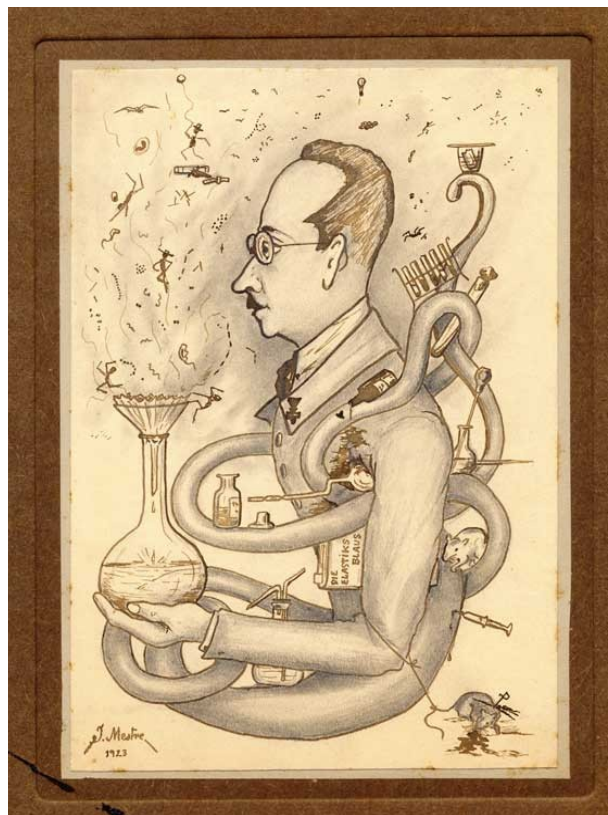


Figura 3. Caricatura de Joan Peset hecha posiblemente por su discípulo Joaquim Mestre.

Bibliografía

-Pedro Laín Entralgo. Juan Peset Aleixandre 1886-1941. Texto aparecido en: Estudios dedicados a Juan Peset Aleixandre, Valencia, Universidad de Valencia, 1982, pp. 21-27.

-L'Associació Joan Peset Aleixandre. Juan Peset Aleixandre, médico, rector y político republicano. Editorial Eneida, España, 2011.

-Salvador Enguix. El enemigo de las pandemias que fue ejecutado por Franco. Recurso consultado en línea en:

<https://www.lavanguardia.com/historiayvida/historia-contemporanea/20200402/48218093059/doctor-peset-aleixandre-historia-pandemias-virus-ejecutado-francisco-franco.html>

-El mejor homenaje a Peset Aleixandre. Recurso consultado en línea en:

<https://www.lavanguardia.com/local/valencia/20190512/462150341853/marco-merenciano-falangista-peset-aleixandre-lliria-memoria-historica.html>

-Felip Martínez Monzón. Personajes y espacios de ciencia: Juan Peset Aleixandre. Recurso consultado en línea en:

<https://www.uv.es/uvweb/unidad-cultura-cientifica-innovacion-catedra-divulgacion-ciencia/es/personajes-espacios-ciencia/personajes-espacios-ciencia-juan-peset-aleixandre-1286000825169/Entrevista.html?id=1285977454090>

-Alejandro Font de Mora. La crueldad contra la ciencia. Recurso consultado en línea en:

<https://150valencianos.lasprovincias.es/juan-peset-aleixandre/?ref=https%3A%2F%2Fwww.google.com.mx%2F>

-Jaume Claret Miranda. Cuando las cátedras eran trincheras La depuración política e ideológica de la Universidad española durante el primer franquismo. HISPANIA NOVA. Revista de Historia Contemporánea. Número 6 (2006). Recurso consultado en línea en:

<http://hispanianova.rediris.es/6/dossier/6d018.pdf>

-José L. Fresquet. Vicente Peset Cervera (1855-1945). Recurso consultado en línea en:

https://www.historiadelamedicina.org/peset_cervera.html

-Pedro Vicente. Peset Aleixandre, otro santo laico. Recurso consultado en línea en:

<https://www.levante-emv.com/opinion/2009/02/27/peset-aleixandre-santo-laico/560522.html>

-David M. Morens, Jeffery K. Taubenberger, and Anthony S. Fauci. Predominant Role of Bacterial Pneumonia as a Cause of Death in Pandemic Influenza: Implications for Pandemic Influenza Preparedness. The Journal of Infectious Diseases, 2008:198 (1 October).

Imagen inicial:

https://imagenes.20minutos.es/files/image_656_370/uploads/imagenes/2016/12/13/389955.jpg

Figura 1:

<https://www.newenglandhistoricalsociety.com/wp-content/uploads/2015/09/1918-flu-epidemic-cots.jpg>

Figura 2:

<https://tools.wmflabs.org/zoomviewer/index.php?f=Imatge%20de%20Joan%20Baptista%20Peset%20i%20Aleixandre%2C%20col%C2%B7lecci%C3%B3%20cientificom%C3%A8dica%20de%20la%20Universitat%20de%20Val%C3%A8ncia.JPG&flash=no>

https://www.eldiario.es/cv/campo-concentracion-Portaceli_0_833616998.html

Figura 3:

https://www.uv.es/recursos/fatwirepub/ccurl/877/843/Imatge%201.%20Caricatura_de_Joan_Peset_feta_possiblement_pel_seu_deixeble_Joaquim_Mestre._1_923.jpg